

que él ha caído y en el que usted misma caerá el mejor día. Y entonces ¿qué? No puede usted ser su mujer; otra cosa, no, ¿verdad?... Veo á ustedes dos en grande apuro, antes de mucho tiempo.

Sin retirar las manos y sin tratar de interrumpir ni de negar, Genoveva, ruborosa, dejó á su amiga hablar hasta el fin. Aquellos reproches se los había dirigido á sí misma muchas veces... ¿Quiere usted la prueba, mi querida Sofía? La joven acercó su leal y franca sonrisa á los anteojos de la miope, para hacerla ver bien la limpidez de su pensamiento, y dijo muy bajo, muy cerca, como si las rodease algo más que el silencio y la soledad.

— Me caso, amiga mía...

— ¡Ah! Buena muchacha... dijo la estudiante con un impulso que la puso de pie... ¿Con quién?

— Con el pretendiente de siempre... el empleado, Simeón. Hoy viene á almorzar y á renovar su petición... Y esta vez...

Casta la miraba, aturdida.

— No... pero, verdaderamente... ¿Habla usted en serio?... ¡Simeón! ¿Se decide usted por Simeón!

El arco de sus espesas cejas se acentuaba al pronunciar cada una de aquellas frases de asombro y de estupor. ¡Cómo! Ese belitre de ministerio, metódico como un reloj; ese borreguillo que tiene miedo de su sombra, sin pasiones, sin ideas, que jamás ha dicho ni pensado nada que no haya sido pensado y dicho por otro; ¡he aquí lo que Genoveva Izoard prefería al talento altivo, á la inteligencia independiente de Mauglas!

— ¡Vamos á ver, hija mía; usted no está en su juicio! ¿No encuentra usted á su vecino bastante elegante, ni bastante joven?

— No, no es eso... No conozco suficientemente á Mauglas... Me da miedo.

— La que me le da á mí es usted... ¡Buena es esa! No conozco apenas á ese joven y siempre he hablado libremente delante de él de mí y de mis amigos. Ayer mismo me oyó contar que había escondido en mi cuarto...

— ¡Oh! tranquilícese usted, interrumpió vivamente Genoveva; le creo honrado. Solamente que hay en su sonrisa, en el pliegue de sus labios, no sé dónde, algo cínico y oscuro que me molesta. La idea de que ese hombre piense en mí, de que lleve en su cabeza mi recuerdo y mi imagen, me es desagradable.

La rusa murmuró: «Y yo, que estaría tan contenta...» Y añadió suspirando:

— ¡Qué mal se arreglan las cosas de la vida!

Se oían pasos y voces en la revuelta del camino, y las mejillas amarillentas de la rusa se colorearon de inocentes fulgores bajo sus adornos chillones. Acababa de ver brillar, detrás de Izoard y de Raimundo el cañón de una escopeta y una pluma de gallo prendida en un sombrero tirolés.

— Oye esto, hija mía, dijo el diminuto marsellés, de cuya cara se irradiaba una barba en forma de mandil de zapador, cada día más larga y blanquecina; oye esto y dime qué te parece. Mauglas, á quien acabamos de recoger en el camino, pretende que de una generación á otra hay más distancia que de la Tierra á Marte ó á cualquiera otro planeta, y que los muchachos como Raimundo no saben qué se les quiere decir cuando se les habla del golpe de Estado de 1852 y del colarde cambio de Badingue...



— Como no comprenden á los de mi generación, que les predicen el desquite y la guerra.

Una contracción de dos gruesos labios que apretaban una pipa inglesa de caza, de tubo corto, esa sonrisa que no gustaba á Genoveva acompañó á aquella extraña afirmación de un hombretón con cara de actor bohemio, de treinta y cinco á cuarenta años, con polainas amarillas de relucientes hebillas y chaqueta de pana demasiado nueva, que se aproximó á las jóvenes haciendo un saludo de corte hasta el suelo y barriendo el camino con la pluma del sombrero. La estudiante, á quien aquel personaje no favorecía de ordinario con sus saludos, se puso tan orgullosa por la parte que le correspondía de aquella reverencia, aun siendo irónica, que durante el tiempo de un relámpago su pobre cara se puso casi bonita. Mauglas, naturalmente, no lo advirtió y continuó dirigiéndose á Genoveva :

— Es como si delante de esta señorita se acusase á la señora Lafarge de haber dado arsénico á su marido. Sea lá que quiera la opinión de la señorita Genoveva sobre esta causa célebre, supongo que me la expresaría sin fanatismo, mientras que ayer noche mi madre llamaba sobre mí la cólera celeste porque yo ponía en duda la inocencia de esa santa mujer. Hay palabras y fechas que son piedras de toque para ayudar á las personas de una misma época á encontrarse y reconocerse, como ese nombre de la señora Lafarge para nuestros padres, ¿verdad, señorita?

Genoveva le respondió con un « sí » distraído, absorbida ya por Raimundo, que, muy junto con ella, le contaba mientras andaban que había recibido por la mañana una carta desoladora de Cherburgo en la que

su madre, en el último extremo, escribió con lágrimas á su querido hijo que desesperaba decididamente de volver jamás á París y de vivir en él en medio de sus hijos, y como ella también era una sentimental, una contemporánea de la señora Lafarge, de *Lelia*, de *Indiana*, suplicaba á Raimundo que la enviase en seguida unas flores de Morangis, pues quería tener á su lado, respirar, evocar, antes de morir, el recuerdo de aquellos hermosos sitios de su juventud, que no volvería á ver.

Es verdad que después de esa carta siniestra, dos líneas tranquilizadoras de Dina atestiguaban la perfecta salud de la viuda de Eudeline; pero el pobre muchacho debía llevar en su corazón desde por la mañana aquellas quejas disimuladas de su madre, porque la « tía » sentía estremecerse en las espaldas del joven el gabán de grueso paño del uniforme de colegial. Ni Kant, ni Spinosa, ni el mismo Schopenhauer ¡ay! dispensan á nuestros jóvenes filósofos de sus ridículos uniformes. ¡Y precisamente era aquel día el que Genoveva había elegido para causarle una gran pena! Ya podía revolotear al rededor de ella el hijo de los vecinos y ensayar efectos de literatura y de polainas nuevas mientras los dos jóvenes marchaban juntos con el paso lento de una conversación interesante á través de la inmensa llanura calcificada de grupos de árboles; no veía nada ni pensaba más que en una cosa: « ¿Cómo decirle que iba á sasarse?... ¿En qué momento decirselo? » Desde luego, antes de almorzar. Raimundo conocía al oficinista y sabía sus intenciones; en cuanto le viese entrar, lo comprendería todo, y la noticia, sabida de este modo, sin explicaciones ni preparación, le haría mucho más daño. Pero : cómo quedarse sola con él cinco minu-



tos, antes de la llegada de Simeón?... De repente, la silueta del castillo, que se levantaba á la derecha con sus árboles junto á la fachada, le recordó el deseo de la viuda de Eudeline.

— ¿Vamos á coger las flores de tu madre? dijo por lo bajo á Raimundo; y sin esperar su respuesta, le llevó en aquella dirección y gritó á los demás que fuesen delante, mientras ellos se detenían unos instantes en el castillo.

Á los veintidós años, Genoveva Izoard, aunque educada por una estudiante de medicina y por un padre de ideas muy avanzadas, era una joven de un candor y de una inocencia deliciosos. Había para ello varios motivos; desde luego Izoard, de estructura marsellesa, muy compleja y dividida en compartimientos estancos, quería por una parte que su hija fuese instruída, pero por otra no tenía el menor deseo de hacer de ella una colegiala de uniforme, atestada de palabras científicas, ni una joven de mundo, siempre al acecho de las carreras de caballos y de los estrenos, que hablase todos los *argots* é imitase á las comediantas á la moda. Quería á Genoveva tanto más circunspecta de maneras y de lenguaje cuanto más alejada de toda práctica religiosa. En este punto era un verdadero papá del Mediodía, regañón, intransigente, de un rigorismo de guardián de serrallo. Se citaba una frase de Genoveva que, habiendo asistido por error, á un espectáculo un poco vivo, decía ingenuamente á su amiga Casta:

— ¿Comprendes? Yo estaba inquieta sobre todo por papá...

Sin participar de las ideas meridionales del viejo taquigrafo, aquella Sofia Castagnozoff que Izoard se

había adjuntado para completar la educación de su hija, le gustó desde luego por la severidad de sus costumbres y de su lenguaje y por sus escrúpulos, célebres en la escuela de medicina. Cuando los estudiantes próximos á Casta, ya en clase, ya en las excursiones botánicas, querían desembarazarse de aquella fea y de sus conferencias humanitarias, ó solamente hacerla ruborizarse hasta la raíz de sus rudos cabellos, no tenían más que dar rienda suelta á su facundia de taberna. Casta se separaba entonces con pudores de gata y con un estremecimiento de sus paños de uniforme. Además de esas dos influencias educadoras un tanto especiales, la enfermedad de su madre había tenido constantemente en casa á Genoveva que no había entrado jamás en un colegio de niñas ni en una pensión y no era de carácter novelesco ni tenía eso que se ha convenido en llamar imaginación, lo que quiere decir que se absorbía en lo que estaba haciendo y ponía en ello toda su atención y toda su voluntad. Así se explica la absoluta ingenuidad en que aquella esplendente criatura había permanecido hasta los veintidós años, y cómo el instinto de la maternidad, el primero y único despierto en ella, había podido transformarse y llegar casi inconscientemente á ser amor. Cuando la joven se dió cuenta de ello en las últimas vacaciones, ese descubrimiento la llenó de confusión. Ser amada por aquel colegial era comprensible todavía; pero amarle también ella, emocionarse cuando se acercaba, soñar con su linda cara de blondas guedejas, con su bigote de joven húsar y con sus manos pálidas y delicadas; irritarse cuando miraba á otras mujeres ó cuando la madre de su amigo Marqués le hacía salir al salón de visitas, eran debilidades



que nunca había creído padecer. ¡Un niño á quien había enseñado á leer, ella, la *titta!*... eso sería abominable si no fuera ridículo. Y en seguida trató de sustraerse á esos sentimientos, vigilándose como hubiera podido hacerlo la mujer más sutil y evitando los contactos peligrosos, las tiernas familiaridades... Pero ¡cuánto trabajo y cuántos esfuerzos inútiles! Aquello significaba volver á empezar su existencia, cambiar por completo de costumbres. Su padre, Izoard, preguntaba, asombrado, á cada instante :

— ¿Pero qué te pasa, hija mía?

Y los ojos del muchacho se levantaban estupefactos, desolados, llenos de lagrimones de ansiedad, esas lágrimas de niño que las madres no pueden resistir. Viendo, pues, que lo que trataba de conseguir era inútil y que jamás se saldría con su empeño, se había decidido á aquel casamiento heroico.

Adoptada su resolución había que hacérsela comprender y aceptar á Raimundo y esto iba á ser difícil porque, sin haberse atrevido nunca á decírselo, el muchacho la quería y se daba cuenta de ello. Á los diez y seis años hacía versos para ella, versos baudelairianos, cánticos fervientes en latín de la decadencia — *Genovefa meæ laudes* — en los que enumeraba las bellezas de su amada, su tez de azucena y su talle largo y flexible. Las escasas caras de mujer evocadas en sus libros de clase, ya fuese la Electra de gran corazón fraternal, ya la Camila de Virgilio, se le representaban siempre con la sonrisa luminosa y los claros ojos grises de la *titta*. En la clase, en el patio, en el dormitorio, no pensaba más que en aquella cuyo retrato, encerrado en un bonito medallón, no le abandonaba jamás. Su amigo

Marqués era el único que conocía aquella joya y su madre, la mujer del ministro, obtenía por excepción el privilegio de verla, muy interesada por aquellos amores de adolescente. Eudeline, por supuesto, rodeaba de aventuras novelescas y disfrazaba bajo un nombre falso aquella hermosa cara de grandes ojazos de una claridad desconcertante y tan lípidos que dejaban ver su simpatía hasta el fondo. ¿Por qué medio conseguir que aquellos sentimientos recibiesen una justa correspondencia? ¿Cómo decir á aquel ángel : « Te amo » sin exponerse á perder el pedazo de paraíso que ya tenía, aquella semifelicidad con la que tantos otros se hubieran contentado? Consultado sobre este punto Marqués, aquel joven perverso y como nadie en Luis el Grande conoedor de las mujeres, le proponía dos métodos de declaración : ó el abrazo muy apretado, boca con boca, una noche en que estuvieran solos, ó, más insidiosamente, un diestro libertinaje de conversaciones, de lecturas y de estampas. Por fortuna, contenido por su honradez ó, más bien, por su timidez natural, Raimundo, por mucho que confiase en la precoz experiencia de su amigo, continuó amando en silencio, á los pies de Genoveva, y frotándose y apretándose contra ella cuando tenía el libro abierto sobre las rodillas. En aquella mañana de Octubre, sin embargo, bajo la espléndida luz, la sangre estimulada, repletas las venas, había sentido dentro de sí como un huracán de savia, una crecida repentina de juventud y de pubertad. Sin dejar de andar iba pensando : « Hoy sí que se lo digo », mientras que Genoveva se preparaba con todas sus fuerzas á hacerle creer y á hacerse creer á sí misma que no le amaba.

— ¿El castillo no está habitado todavía? preguntó

29913

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO



Raimundo cuando llegaban á la verja monumental, en la que aparecía un cartel que el viento y la lluvia se entretenían en borrar un poco todos los días : « *Se vende ó se alquila* ».

— Verdaderamente, no tiene suerte este castillo...

Genoveva buscaba, hablando, la cadena de la campana que algún caminante, furioso por no encontrar á nadie, había sin duda arrancado.

— Cuando murió tu abuelo, se vendió la finca á unos ingleses que instalaron en ella un criadero en gran escala de gusanos de seda. La cosa no resultó y después de ellos se puso ese cartel que sigue todavía...

En el fondo del patio y en el hueco de una ventana del piso bajo de las que daban sobre la escalinata de viejas losas, apareció una gorra campestre y se oyó una voz que gritaba :

— Empujad la verja; no está cerrada.

Genoveva obedeció.

— Es el señor Lombard, dijo á Raimundo; un antiguo guarda de Fontainebleau que está aquí para enseñar el castillo y que se entretiene fabricando bastones y horquillas con las maderas de todas clases que encuentra en el parque. Ya sabes que el abuelo Aillaume tenía pasión por los árboles exóticos... Pero ¿qué tienes? ¡Cómo tiembas!

El chirrido de la verja al abrirse, asociado á los gritos de un pavo real que estaba al sol, sobre una tapia y á las campanas de la iglesia próxima que tocaban á misa mayor, alteró á Raimundo hasta lo más profundo de su ser, pues le representó los domingos iguales de su primera infancia, en esas claras mañanas de dorada luz. Entonces volvía de caza con su padre y atravesaba de

su mano el patio de honor en el que rechinaba la arena y hoy lleno de musgo é inundado de hojas secas. Al pasar, arrojaba en la mesa de la cocina el pesado morral cuyo cuero le quemaba la espalda. ¡Cuántas cosas, Dios mío! ¡Qué torbellino de recuerdos! La cabeza se le iba y el corazón se le saltaba del pecho á cada paso y á cada objeto que reconocía; el nicho de Aután, el viejo perro danés del abuelo, la señal hecha en la pared por la campana de las comidas, todo le hacía bañarse en lágrimas.

— Esto me hace daño, *titta*, dijo á la joven; cojamos las flores y vámonos.

Genoveva no se perdonaba el haberle llevado allí y deseaba también marcharse, pero los árboles de la fachada, á los cuales el viento de la última noche había deshojado casi por completo, no tenían flores hacía mucho tiempo. El guarda Lombard que se había acercado y saludado respetuosamente al saber que estaba hablando á uno de los antiguos propietarios del castillo, recordó por fortuna que en un pequeño arbusto, á la orilla del estanque, quedaban aún algunas flores.

— Si el señor Eudeline quiere ir hasta allí puede pasar por el piso bajo. Precisamente el vestíbulo está abierto, porque aprovecho los días buenos para ventilar el salón y sacudir las cortinas que quedan con esta varilla de mi fabricación, añadió orgullosamente, enseñando un palo de avellano tallado.

Por las cuatro ventanas del salón, cuyas persianas estaban abiertas, Raimundo vió el estanque que brillaba al sol entre los esplendores del otoño como un espejo que respondiese á los que estaban incrustados en las paredes verdes y doradas del salón. ¿Tendría valor para llegar hasta allí enlazado por esos mil recuerdos que



parecían brotar del suelo como lianas trepadoras para oprimirle y ahogarle?

— Decididamente, te conmueves demasiado... Otro día vendremos, murmuró Genoveva compadecida

El muchacho se irguió queriendo echarlas de hombre.

— No, es preciso... lo quiero;... otro día sería muy tarde...

La cogió de la mano y entraron juntos.

¡Oh! Aquel vestíbulo de sonoras losas, con su estucado rosa pálido, donde se veían aún colgados en las perchas viejos sombreros de paja... No hizo más que atravesarle, pero ¡qué emoción la suya al percibir aquel olor característico de todas las casas! En la gran escalera donde se conservaba todavía la bola de cristal rajada por Antonín, creyó ver la espalda del abuelo y su ascensión furtiva de gato. Por las puertas entreabiertas á derecha é izquierda entraban y salían sombras que parecían llamarle desde lejos y hacerle señas en la semi-oscuridad de las habitaciones abandonadas. Vefa manos que se le tendían; oía el cuchicheo de voces amigas, extinguidas hacía mucho tiempo, el roce de vestidos en las vueltas del pasillo, y el tic-tac de viejos relojes muertos. Y aquella impresión, que Genoveva recibía también de rechazo, era tan viva, que una vez franqueado el edificio anduvieron largo tiempo por el parque sin hablarse.

Allí la soledad y el abandono no eran visibles, como en el interior, por el vacío de los sitios recorridos, sino, al contrario, por una invasión de la naturaleza, que colma todo lo que nosotros abandonamos; por las calles llenas de musgo, los cuadros invadidos de césped parásito, los árboles sin poda ni cultivo, con un exceso de ramas entrelazadas en las que cantaban y saltaban, en-

gañados por el sol de otoño, bandadas de pajarillos á punto de emigrar y posados allí como de pasaje. Todo el inmenso parque, convertido en selva, abría ante ellos vías verdes, lo que los campesinos llaman *camino muertos*, atravesadas á cada paso por el salto de un conejo ó por el arrastre de un reptil; y sobre los bancos de piedra musgosa las sombras removidas por el viento les daban la ilusión de fantasmas amigos que se levantaban á su paso.

— Llegamos á la isla, pensaba Genoveva, es preciso que le hable de mi casamiento; pero al ver á Raimundo tan conmovido, tan débil, perdió toda su energía. El joven, ebrio de recuerdos y olvidado de la hora presente, no vivía más que en el pasado, y la aparición del abuelo en una calle de árboles, con su polvo de rapé entre los delgados dedos y el danés Aután junto á los talones, le hubiera parecido muy natural. Al atravesar el puentecillo echado sobre el estanque negro y profundo que rodeaba como un foso las praderas plantadas de árboles raros, se detuvo y quedó inmóvil apoyado en la barandilla. La joven, que iba delante, volvió hacia él, inquieta.

— ¿Qué haces ahí?

Raimundo levantó la cabeza, un poco pálido.

— Nada... Estaba mirando la luz en esta agua ondulosa... Y añadió con la voz alterada y temblona: « ¡Cómo me parezco á mi padre! ¿verdad, tita?... »

Eso era precisamente lo que ella temía en el joven; el recuerdo de su padre y del horrible suicidio que tanto le había impresionado; y se acusó más y más de haberle expuesto á tales evocaciones.

— ¿Á tu padre? No, no encuentro tal parecido. Era



alto y rubio como tú, pero nada más. Más bien te pareces á tu madre.

— Sí, en el temperamento, puede ser... Yo también soy débil y sin voluntad, lo que es terrible cuando se tiene una dura misión que cumplir... Y, desgraciadamente, yo no me ilusiono como mi pobre madre; no soy novelesco.

— Es nuestra generación la que no lo es, dijo Geneveva riendo; y para distraerle de sus negras ideas, le mostró la decoración mágica del otoño al rededor de ellos, aquel grupo de árboles dorados como grandes custodias, sobre un campo de musgo ajado por la tempestad de la noche y vuelto á revivir al sol de la mañana.

— Mira, Raimundo... el ramo de tu madre.

De rodillas y vuelta hacia él, la joven agitaba una flor arrancada por la borrasca, y el movimiento de su cuerpo gentil dentro de la negra tela de luto, la gracia de su actitud y de su risa bajo el sombrero trenzado de paja y de sol, desaparecieron por completo en Raimundo las apariciones y los fantasmas. Vuelto repentinamente á la vida y al amor, se arrodilló al lado de su amiga y con la cabeza en su hombro se puso á mirar hipócritamente la flor de un matiz verdoso, casi de hoja.

— ¡Pobre mamá! ¿Qué puede evocar en ella este cáliz ajado y descolorido?... ¡Acaso encuentre en él una imagen de su triste destino, al que se parecerá el mío, sin duda!

Se estremeció, con la cabeza apoyada en aquel blanco cuello.

— ¡Ah, *titta!* La vida me da miedo. Si no te tuviera para servirme de apoyo, ¿qué sería de mí? ¡No me abandonarás nunca, ¿verdad?

La joven pensó: « Ha llegado el momento; si no hablo ahora, jamás me atreveré »... Y aún de rodillas, sin moverse, sin volver la cabeza, dijo:

— No, querido; no te abandonaré nunca, suceda lo que quiera, y cuando me case, lo que no tardará, arreglaré las cosas para seguir siendo tu amiga, tu hermana...

No había acabado su frase cuando sintió que el joven se deslizaba de su hombro y le vió, al volverse, desmayado en el césped, los ojos en blanco, los labios descoloridos y la gorra de colegial caída á su lado.

— ¡Raimundo! ¿Qué tienes?

— Nada; un momento de debilidad... un vértigo... He visto apagarse el sol y los árboles huir por los aires por una palabra que he creído oír, pero que tú no has dicho... ¡Oh! no, ciertamente... ¿No es verdad, *titta!* ¿Verdad que no te casas?

Geneveva no sabía mentir y bajó la cabeza. Entonces el joven prorrumpió en sollozos y en quejas. ¡Casarse! ¿Con quién?... ¿Simeón?... ¿Sin amarle? Porque jamás le había querido... ¡No! No podía hacer eso... ¡Ah, Dios mío!...

Y lloraba con la cabeza escondida entre las rodillas de Geneveva y mojaba sus manos de ardientes caricias mientras ella trataba de apaciguarle y de convencerle.

— Es preciso, Raimundo... Mi padre lo quiere; no soy ya una niña, como comprendes. Y, después, tú también te casarás y esto no te impedirá seguir siendo mi amigo.

Raimundo movió la cabeza.

— ¿Acaso puedo yo casarme? En cuanto acabe mi carrera tendré toda una familia que mantener... Y, por otra parte, para mí no hay más mujer que Geneveva...



No me sería posible casarme con otra... Porque te amo, sí, te amo y tú no me correspondeste... No, tú no me amas; tú no sabes lo que es el amor. Tú me tomas por un niño á causa de mi gorra y de mi uniforme. Tengo, sin embargo, diez y ocho años y en nuestro patio, en Luis el Grande, oigo á los de mi edad hablar de sus queridas. Yo no he deseado jamás tenerla, porque no pienso más que en ti y tu recuerdo me guarda de todas las parodias del amor... Pero si me abandonas ¿qué quieres que haga? Mi vida es tan triste, tan lúgubre... ¡ Ah! qué mala, qué mala eres conmigo, *titta*...

Se calló, cubriendo de besos y de lágrimas las bonitas manos que se le abandonaban. La joven callaba también, agitada por un cruel debate interior y sintiendo que la hora y la ocasión eran solemnes. Para dominar la situación era preciso que ella, tan franca, echase mano de la mentira, y que la retórica, que ya declamaba en él, le respondiese con vanas palabras.

— Es muy sencillo, dijo Raimundo levantándose de repente; mi padre me ha enseñado el camino que hay que tomar para salir de la vida y de sus miserias; pero yo no esperaré tanto como él...

La joven gritó horrorizada:

— ¡ Raimundo, cállate!...

Pero él siguió, muy tranquilo y seguro de su argumento:

— En eso pensaba hace un momento asomado en el puente... He visto en el fondo del agua á mi padre como cuando le sacaron del canal... Me hacía señas de que le siguiera, de que estaría mejor, mucho mejor... ¡ Oh! veremos, veremos...

Y repitió dos ó tres veces: « Veremos, veremos » con

una sonrisa siniestra y un acento de amenaza que llenaron de terror á Genoveva. La verdad era que en la imagen reflejada por el agua un momento antes, una lejana semejanza le había hecho ver á su desgraciado padre y el estudiante había pensado: « ¿ Cómo habrá tenido valor para matarse? Yo no podría... Vivir ante todo, ¡ oh, sí, vivir! » Y aquella corta meditación fué la que asustó á la joven, demasiado sincera, ahora, para poner en duda unas amenazas que tan bien respondían á sus temores. ¡ Oh! Las leyes siniestras de la herencia con que la ciencia ha venido á ensombrecer la vida, va tan negra...

« Neurótico como su padre; puede que acabe como él ». ¡ Cuántas veces se había sublevado al oír á su amiga Casta arrojar ese diagnóstico implacable sobre los esfuerzos y las esperanzas del estudiante! No era cosa de exponerse á que el día siguiente al de su matrimonio le presentasen al muchacho extraído del agua, con los labios blancos como hacía un momento y los ojos apagados para siempre, y todo por un Simeón á quien no amaba, á quien no podía amar... Y de repente, mientras él repetía su cruel y mentido « Veremos » la joven le tapó la boca con la mano.

— Basta, no te aflijas más y, sobre todo, no digas semejantes horrores. Está convenido, no me caso. No sé qué dirá mi padre ni cómo se las compondrá con Simeón... Allá ellos. Después de todo no será ninguna desgracia si no me caso nunca y sigo siempre siendo *titta*... Vamos... enséñame los ojos; dime que estás contento.

Estaba cerca de él maternal y apasionada, con la boca llena de bondad, de ternura, y el joven sintió que



la poseía, que era suya para siempre, su víctima, su eterna víctima. Y en un impulso de júbilo y de orgullo la cogió entre sus brazos y la estrechó con delirio.

— ¿ Es cierto? ¿ No te casás? ¿ No te casarás nunca? Ah! ¡ Qué buena eres! ¡ Te adoro! Dime que me amas también.

— ¡ Raimundo!...

Sus bocas se encontraron y se unieron. Era la primera vez.

Siguieron algunos compases de silencio y de deliciosos embarazos. Sentados el uno enfrente del otro y muy juntos sobre el blando musgo que el sol acribillaba de chispas y en un aire tibio en el que se balanceaban largos filamentos blancos, sintieron deslizarse en ellos algo nuevo é inesperado. Él no era ya el niño; ella no era la *tita*. Estaban solos. El agua del estanque brillaba inmóvil. Todo el parque cantaba y vibraba... ¡ Ah! Si el joven perverso de Luis el Grande les hubiera visto cómo se hubiera reído de sus labios ardientes, ya separados, de sus manos que volvían á caer llenas de caricias inútiles.

Sus nombres, gritados á lo lejos bajo la frondosidad de los árboles, espantaron á toda la numerosa banda de pajarillos testigos de la escena.

— Es Casta... Nos busca... Papá debe estar inquieto por nosotros, dijo la joven en voz baja, y ambos se levantaron vivamente, ruborizándose: ¿ Por qué enrojece, si no eran culpables?

Genoveva se engañaba. Izoard, lejos de experimentar la menor inquietud, quería aprovechar la ausencia de su hija para explicarse con el pretendiente acerca del dota- ción cuestión embarazosa para discutida delante de la joven

De pie en la entrada del antiguo pabellón cubierto de pizarra y adornado con un escudo de piedra con atributos cinegéticos medio borrados, Izoard, en cuanto vio aparecer en el camino de Antony el ómnibus cargado de parisienses como en los más azules domingos del estío, se colocó sobre la oreja su sombrero de plantador, de anchas alas, enlutado con una gasa hacia dos años, y descendió majestuosamente los tres escalones del piso bajo para salir al encuentro de su futuro yerno. El ómnibus se detenía en la puerta de los Mauglas, inclinados de un pabellón próximo al de Izoard, pero más moderno. Mauglas y su padre, viejo aldeano torcido como una cepa y con un cutis como un surco de sembrado, recibían del mayoral, con mil precauciones, una infinidad de cestos de diversos tamaños y de canastillos con la marca de los más afamados proveedores de la glotonería parisiense y los pasaban á las largas manos amarillas, huesudas, callosas y descarnadas de la madre de Mauglas, dispuesta á guisar detrás de las ventanas entornadas. El viejo del 48, plantado en medio del camino miraba con envidia aquella maniobra.

— ¡ Qué chillones son!... Así hacen todos los domingos... El hijo invita á sus amigos á estas comilonas de familia... Precisamente ahí viene toda una cuadrilla...

Dos jóvenes con anteojos y monóculos, de sombrero de copa y levita, trajes de abogados ó de médicos de pueblo, pero con caras inteligentes y fatigadas, saltaron del coche y dominados súbitamente por aquella exuberancia de luz y de oxígeno entraron en casa de los Mauglas haciendo piruetas, y dando gritos salvajes. El último que bajó, vestido más esmeradamente con un traje verde y guantes gris perla, se destacó del grupo



y saludó con aire reservado. Era el señor Simeón, empleado de Hacienda.

Sobrino de un coronel retirado y diputado á Cortes, el joven presumía de buenas relaciones, vestía bien, exhibía bigote y perilla y una colección de corbatas y de bastones y tenía en presencia de las señoras un parpadec sumamente fatuo.

— Vaya, Simeón, cuando yo decía que la muchacha vendría á buenas y que todo era cuestión de paciencia... Henos ya al cabo de la calle.

Empujando una puerta que hacía sonar una campanilla, el taquígrafo introdujo á Simeón en un jardín que disfrutaba en común con los Mauglas y que estaba separado de ellos por una pared de enredaderas. Á la derecha y al fondo no había vecindad y el jardín estaba separado de la inmensa llanura por un cercado de espinos. Bordeada de árboles frutales y de algunos de hojas perpetuas, á fin de que la enferma pudiese alegrarse la vista con un poco de verdor en la mala estación, una calle de fina arena admirablemente tamizada atravesaba el jardín en toda su longitud y presentaba en su mitad una plazoleta en cuyo centro había un cenador rodeado de un banco circular. Allí fué donde se sentaron los dos hombres para hablar libremente antes de la llegada de Genoveva. En el jardín de al lado se oían grandes risotadas inspiradas por los aperitivos y á lo lejos sonaban las campanas de la iglesia de Morangis.

— Había dicho á usted, querido Simeón, que mi hija poseía una fortuna personal de cincuenta mil francos que la querida niña heredó de su abuela de Niza; va usted á saber cómo ese pequeño capital ha sufrido algunas brechas.

Izoard tosió varias veces á fin de dejar tiempo á su futuro yerno para decir: « ¿ Qué me importa á mí eso? » ó « Yo estoy por encima de todas esas cosas ». Pero Simeón guardó el más completo silencio y el padre tuvo que continuar:

— Cuando mi mujer cayó enferma y alquilamos esta casa, el jardín y el pabellón le sedujeron de tal modo, que no le bastó el alquiler y fué necesaria una escritura de compra. No dormía pensando que su dicha podía acabar con el alquiler. « Compra la casa » decía la niña, pero desgraciadamente yo no podía disponer más que de quince mil francos y nos pedían veinticinco mil. Genoveva dió la diferencia, lo que á usted no le extrañará.

El joven, por el contrario, parecía muy sorprendido.

— Algún tiempo después, continuó el taquígrafo, Victor Eudeline, el padre de los dos muchachos que usted conoce, tuvo necesidad de dinero para edificar un taller absolutamente necesario en un patio improductivo. La muchacha me preguntó: « ¿ Cuánto hace falta? — Diez mil francos. — Yo los doy. » Su madre y yo le hicimos todas las objeciones razonables: « Ten cuidado; en los tiempos que corren, una muchacha, por bonita que sea, no se casa sin dote ». La chica se reía. « Simeón se casará conmigo de todos modos, porque me ama. » ¡ Ah! ¡ Qué bien conocía á usted, mi querido amigo!.. Ello fué que se quedó sin sus diez mil francos. Los Eudeline no sospecharon jamás que el dinero venía de la muchacha. Ella lo quería así porque le parecía que los niños la amarían menos y que el papel de bienhechora la perjudicaría con ellos... Ideas tuyas, pero hermosas ideas, ¿ verdad, amigo mío?

Se produjo un silencio, alterado de tiempo en tiempo



por el canto de los pájaros y por las campanas que entonaban á la luz del sol una canción luminosa y dulce... ¡Oh! ¡Qué hermoso cielo profundo y azul; qué deliciosa mañana para unos felices esponsales!

— Si no cuento mal, la dote de la señorita Genoveva no es más que treinta mil francos...

El empleado dijo estas palabras con voz chillona y sin esperar respuesta:

— Es lástima, añadió, con la frente inclinada y pegándose en las piernas con el bastón.

Y empezó á pasearse al rededor del banco tratando de explicar el embarazo de su situación. Le hacían falta cincuenta mil francos y no treinta mil para dar su parte en un gran negocio, una cuadra de perros de carrera que iba á montar con el jefe de la jauría de Dampierre, con un fondo social de cuatro partes de cincuenta mil francos. No se esperaba más que la suya y se la esperaba hacia mucho tiempo.

— Comprenderá usted, querido señor Izoard, que las ocasiones no me han faltado... Mi tío me ha proporcionado dos ó tres veces magníficas dotes... pero aun con menos dinero, la señorita Genoveva me tentaba más... Es preciso, sin embargo, que cumpla mis compromisos y no deje á los demás el beneficio de una idea que me pertenece, porque yo soy quien ha tenido la idea de hacer correr los perros y hubiera querido que su hija de usted la aprovechara.

— ¡Bah! Ya sabe usted lo que ella es, dijo Izoard, que no sospechaba aún á dónde quería ir á parar Simeón. La chica se parece á su padre; nunca ha sabido lo que es el dinero. Ámense ustedes... tengan hermosos hijos... y el diablo me lleve si le pido á usted otra cosa.

El empleado suspendió vivamente su paseo circular y, con las dos manos gris perla apoyadas en el puño del bastón, declaró lo más tranquilamente del mundo que una de sus debilidades era el miedo de faltar á sus compromisos y que le era imposible casarse sin tener, por lo menos, cincuenta mil francos.

El viejo respondió muy pálido:

— Mi hija no los tiene, señor mío.

En aquel momento veía ya á Simeón en todo su esplendor.

— En ese caso, querido señor Izoard, con la más profunda pena... me encuentro en la necesidad...

Se descubrió, inclinó hacia el suelo su redondo cráneo, atravesado, como el jardín de Izoard, por una calle recta admirablemente trazada, y se dirigió con paso rígido hacia la puerta, que lanzó un chirrido al abrirse sobre la carretera.

— Simeón... ¿y el almuerzo? gritó el viejo.

En Morangis las fondas son raras; hacia falta llegar á Antony y acaso esperar el tren... Simeón no había pensado en esto y dudó, con la mano en la puerta. Pero el pensamiento de afrontar la mirada de Genoveva... Hizo un ademán á lo Manlio y se marchó corriendo, como si se le llevase uno de sus perros de carrera.

Aplastado por aquella imprevista y brutal decepción el taquígrafo se quedó inmóvil bajo el cenador lanzando exclamaciones entrecortadas y así le encontraron Raimundo y Genoveva al volver con Sofia Castagnozoff. Los tres tenían un aire singular. Genoveva temerosa y la tez coloreada por un tinte de ansiedad, se preguntaba qué pretexto daría á su padre y á Simeón para una negativa redonda. Radiante y enloquecido por el primer



beso, Raimundo sentía todavía el tibio calor del abrazo y aquellos turgentes senos moldeados sobre su corazón. Á pesar suyo, su mirada irradiaba hacia la joven un agradecimiento que los embellecía á los dos. « ¿Qué tienen? » se preguntaba la rusa, que durante todo el camino había hecho mil preguntas á su amiga.

— ¿Se lo has dicho?

— Sí.

— Pues él no tiene el aspecto desolado.

— « No sé por qué » significaba el ademán evasivo de Genoveva, ocupada solamente de su negativa y de lo que habría de decir al infortunado pretendiente.

— Simeón acaba de salir, gruñó el taquígrafo al ver aparecer á su hija.

— ¿Cómo que acaba de salir?

— Y para no volver, seguramente, el muy... vociferó el marsellés que no encontraba palabra bastante injuriosa ni á la altura de su indignación. Adivina, hija mía, y movía los brazos con tal vehemencia que se los desarticulaba del hombro; adivina por qué. Simeón no te quiere ya, pues él es el que no te quiere. ¿Por qué? Pues porque faltan veinte mil francos de tu dote. ¿Te parece decente?

Su hija se arrojó á su cuello.

— ¡Pobre padre! Anda, que pronto nos consolaremos.

Y sus ojos relampagueaban bajo el hipócrita y ligero velo de melancolía con que quería disfrazar su júbilo.

— No será difícil reemplazarle, dijo la rusa, cuyo monóculo se paseaba con inquietud de Raimundo á la tita. Y, sin ir más lejos, creo que el hijo de Mauglas...

El viejo taquígrafo dió un salto. Muy celoso de su hija, pero ciego, como todos los celosos, no había

nunca reparado en las atenciones ni en las proximidades del vecino.

— ¿El hijo de Mauglas? dijo con su voz más hueca.

Como para responderle, en el jardín próximo un barítono averiado entonó, acompañado por el rum rum de una guitarra y por un coro de tambores y cacerolas, una canción vulgar y chabacana dedicada á encomiar las delicias del almuerzo.

Genoveva cogió el brazo de su padre.

— Ahí tenéis el talento de mi enamorado... Sigamos su ejemplo y vamos á almorzar.

En el comedor de aquel antiguo pabellón de caza que tenía más de un siglo y en el que tantas canciones y risotadas de arrendadores generales, de proveedores de los ejércitos, de pares y de senadores de la Restauración y del Imperio habían hecho temblar las altas ventanas de pequeños vidrios verdes; en aquella habitación que en las tardes del domingo se transformaba en gabinete de estudio para la tita y su discípulo, Raimundo había pasado muy dulces momentos, pero nunca un día parecido á aquel. La inmensa llanura luminosa con su fondo de bruma violeta, que veía desde su sitio al almorzar, se presentaba á sus ojos como un país nuevo y espléndido, una tierra desconocida que la pasión acababa de descubrir. Sentado enfrente de Genoveva, siempre que sus ojos se encontraban sentía gana de gritarla: « ¡Ven, vólemos! » Sentía en todo su ser un torrente de fuerza y de alegría con la idea de que « ella » le había prometido ser suya para toda la vida y con el sabor, sin cesar renovado, de su primer beso de amor. La vida no le asustaba ya.

La llegada inesperada de Antonín y las buenas noti-



cias que trajo acabaron de alegrar el almuerzo. Su principal se llevaba al muchacho á Inglaterra como vigilante de un dinamo en su fábrica de la orilla del Támesis, dedicada á producir el alumbrado eléctrico de un gran establecimiento escolar. Casa, carbón, un sueldo de ingeniero y diez y siete años escasos. ¡ Qué contenta iba á ponerse mamá! El pobre muchacho tartamudeaba de alegría y la emoción acentuaba la dificultad nerviosa de su pronunciación, multiplicando hasta el infinito esas palabras sin sentido, parásitas é insignificantes: « En fin..., ¿ verdad?... esto... un fulano, » con que esmaltaba las frases á fin de tomarse el tiempo necesario para encontrar las expresiones rebeldes.

— ¿ Conserva usted su cuartito de la plaza de los Vosgos? preguntó la estudiante que se había sentado al lado del joven para servirle el café.

— Sí, señorita... No es muy caro y como vendré con frecuencia á París... En fin... ¿ verdad? el... el... fulano está á la disposición de usted.

La rusa aceptó con entusiasmo. Precisamente tenía escondido en su casa, hacía algunos días, un compatriota, el famoso revolucionario Lupniak, cuya presencia en París había motivado la del jefe de policía de San Petersburgo con sus más finos sabuesos. Sería para él muy conveniente aquel asilo enteramente preparado de la plaza de los Vosgos, tan lejos del Panteón y del barrio de *Saint Marcel*, donde vivían todos los refugiados.

— ¿ Cuándo se marcha usted á Londres, Tonín?

— Debíamos embarcarnos mañana, pero mis papeles no están en regla. Hay muchas dificultades en Calais para el... el... para los papeles.

— Sí ya lo sé... Precisamente á causa de Lupniak y de otros... Por eso, si usted se va mañana... Pero estamos aburriendo á estos señores; coja usted su taza y vámonos al jardín.

Y ambos fueron á sentarse al fondo del jardín en un banco que estaba á la sombra de la tapia de enredaderas.

Antonín tenía un año menos que su hermano y parecía de más edad. Anchote, con la mano más dura, una mano de obrero en metales, llevaba en su marcha y en su aspecto, correcto sin embargo, una marca de inferioridad social subrayada por un pelo crespo de un rojo sombrío — no ciertamente el rojo veneciano — y por unos ojos sin pestañas y un cutis oscurecido por manchas de salpullido. Aquella inferioridad que no era de nacimiento y á la que le condenaba su mala suerte era soportada por el joven sin quejas ni cólera y no es posible imaginar nada más conmovedor que su admiración hacia su hermano mayor á quien un injusto derecho de primogenitura refinaba con todas las supremacías de la educación. Raimundo amaba tiernamente á su hermano menor, pero con cierto aire de superioridad, y todos en la casa parecían rebajarse un poco para hablar á aquel muchacho cuyo recuerdo solamente hacía sonreír.

— Me fastidia ver á Tonin mezclado en todas estas historias de política, dijo el mayor, mirando al banco del fondo del jardín.

Izoard le tranquilizó. Antonín era un joven razonable, incapaz de entusiasmarse, y además iba á marcharse para mucho tiempo.

— No, más bien temo por Casta...



El taquígrafo se puso á pensar en alta voz asomado á la ventana.

No son revolucionarios, sino bestias feroces, esos agitadores de su país con quienes Casta se trata... Yo he conocido grandes revolucionarios... Me precio de haberlo sido también en mi juventud... Pero tentamos entrañas, á pesar de todo; no éramos lobos. El tal Lupniak, con su cabeza de fiera, que ella nos trajo un día y que se gloriaba con nosotros de haber prendido fuego al castillo de un general, gobernador de distrito en Rusia, y de haberle quemado vivo con su mujer y sus tres hijos..., eso es un salvaje... Cuando pienso en Casta, tan humana y compasiva, incapaz de matar una mosca, ¿qué relación puede haber entre ella y esos caníbales? Sin contar con que la mayor parte están vendidos á la policía de su país y son soplones ó provocadores... pondría la mano en el fuego. La muchacha no quiere creerse y el día menos pensado le va á suceder, y tendrá todavía que darse por contenta, lo que á mí me pasó en 48 en el club Barbés. El gran ciudadano estaba presidiendo aquel día y tenía como asesores al principal de Tonin, Esprit Cornat... Pero creo haberte contado esta historia alguna vez, ¿eh, hija mía?

Genoveva sonrió amablemente.

— Me parece que sí, papá.

— Entonces voy á referírsela á tu amiga, dijo el marsellés sin desconcertarse; á ella le será más útil que á ti.

Genoveva se levantó para seguirle al jardín, turbada por la idea de quedarse sola con Raimundo; pero, de repente, aparecieron encima de la tapia de enredaderas la pipa de caza y el sombrero Cavour del hijo de Mau-

glas. Decididamente, aquel hombre le daba miedo. Sin que él se hubiera jamás explicado, la joven sabía que sus merodeos en torno de la casa eran por ella, y solamente el sentir sus pasos la llenaba de angustia. La contrariedad que pudiera sentir con Raimundo era muy diferente, así fué que prefirió quedarse á su lado. Y, como todos los domingos, la *litta* y su discípulo se instalaron junto á la ventana para trabajar juntos toda la tarde.

— Acérquese usted pronto, señor Izoard, y sea mi testigo...

Con voz zumbona y la cara enrojecida por el almuerzo, Mauglas hijo, que asomaba medio cuerpo por la tapia, hacía señas al viejo con la pipa.

— He cogido á Sofía Castagnozoff en flagrante delito de seducción de menores en ese banco de su jardín de usted. He aquí cómo... Venía de acompañar hasta el ómnibus á uno de mis convidados y me volvía por la vereda, cuando un ruido de besos, un chaparrón, un vendabal de besos, llegó á mis oídos por encima del seto... Me aproximo y ¿qué es lo que veo? Apuesto mil contra uno á que no lo acierta usted...

— ¡Oh! señor Mauglas...

La pobre Sofía se agitaba y protestaba con una indignación tan cómica, que Izoard olvidó su historia con la risa.

— ¿Pero no ve usted que todo es guasa, tontina?... Además, ¿qué mal habría en que las chicas buscasen á los muchachos ahora que éstos no se ocupan de ellas ni están más que á caza de dólares? ¡Ah! querido vecino, qué razón tenía usted cuando me hablaba esta mañana de la distancia que media entre una y otra generación... ¡Qué prueba viva acabo de tener hace un momento!



— Simeón ¿verdad? dijo el periodista con la boca contraída por una maligna sonrisa.

Y, observando el asombro del viejo al verle tan bien enterado, añadió:

— ¡Diablo! Hablaban ustedes tan alto en el cenador que no tuve que escuchar para oír. Tanto menos cuanto que ya sabía lo que venía á hacer; se había jactado de ello en el ómnibus.

— De todos modos, mi querido vecino — é Izoard recalcó esta frase no sin malicia — hoy he sabido que entre los hombres de mi edad y los de treinta á cuarenta y cinco años no hay ya una distancia, sino un abismo, sobre todo cuando se trata del sentimiento.

Mauglas fué del mismo parecer. « Lo que usted dice es absolutamente cierto, querido señor Izoard, lo mismo en las cosas pequeñas, que en las grandes. Usted no fuma; los hombres de su tiempo no fuman. Yo, mire usted mi pipa, un tubo de locomotora. En cambio, los jóvenes, la generación de Antonín y de su hermano..., apenas se atreven á liar un cigarrillo, no beben, no rien, no cantan más que la música de Wagner, que no es fácil de cantar... El que dijo el primero « la gente de mi barco » encontró la imagen exacta. Los que son del mismo barco corren las mismas bordadas... los mismos riesgos. Ya sean pasajeros del puente, ya de primera clase, tienen el mismo pabellón, el mismo piloto, la misma brújula; leen los mismos libros y se mecen á la misma música; y existe entre ellos tal solidaridad, nacida de los placeres y de los peligros comunes, que si alguno muere, todos los corazones se conmueven aun sin haberle conocido, mientras que del barco que sigue y del que va delante no llegan sino ecos vagos, restos

que se agilan entre la bruma. Oiga usted; recuerdo una antigua romanza de Masini que contiene todo lo que he dicho en un verso malancólico:

Se quitó la pipa de la boca y tararé muy tieso y con un brazo extendido:

*La música de un tiempo: un barco que se va...*

*¡Ah! ¡Ah!*

Después saludó y desapareció entre las enredaderas.

— ¡Chistoso personaje! murmuró Izoard mientras se alejaba el cantante con su romanza enronquecida.

Antonín, que no había dicho nada, hecho una bola en el banco, como un erizo, surgió de entre sus hombros y declaró que, en su opinión, Mauglas era un vecino un poco... vamos... ¿verdad?

— Es precisamente lo que iba yo á decir, afirmó Sofía Castagnozoff.

Aquella tarde, cuando sus amigos de Morangis les dejaron en la plazoleta de la Libertad como de costumbre, Raimundo y Antonín experimentaron una alegría infinita al encontrarse solos, apretados el uno contra el otro, para dirigirse á la estación de Antony por senderos que conocían desde la infancia. Una tibia noche envolvía de bruma llorona la inmensa llanura, en la que los altos montones cónicos de heno proyectaban manchas sombrías y circulares, como esas tumbas de santos que surgen de noche en los campos de Argel. Á lo lejos y delante de ellos una vasta banda rojiza, el aliento inflamado de París, ocupaba todo el horizonte. ¡Oh! Con cuánto orgullo caminaba Antonín del brazo de su hermano... Con qué emoción respetuosa escuchaba sus

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO